

Treinta y tres

Ingrid Fugellie Gezan

ES ONCE DE SEPTIEMBRE DE 2006. Ya han transcurrido treinta y tres años desde el golpe. Paulina, que en aquella época vivía en mi vientre, cumplirá esos mismos años en un mes. Los ataques aéreos a las Torres Gemelas ocurrieron hace cinco años, también un día como éste. Fechas y acontecimientos, un poco de historia, coincidencias.

¿Qué dice el relato oficial sobre datos irrelevantes? ¿Incluye algún pasaje sobre obsesiones crónicas (anotar compulsivamente las fechas, por ejemplo)? ¿Existirán, en periódicos o revistas, imágenes del bombardeo a la Moneda captadas desde algún sitio cercano a la cocina del departamento de Antonio Varas, donde me encontraba esa vez? ¿En qué lugar quedarían las cortinas amarillas con figuras de animales que compramos en Guatemala? ¿Cuántos libros, revistas y periódicos destruí en total, entre el inodoro de la casa y el incinerador del edificio de Providencia con Carlos Antúnez?

Es veinticuatro de enero de 2007. Pasaron cuatro meses y trece días (exactamente ciento treinta y cinco días), desde que escribiera los párrafos anteriores. Ha comenzado otro año.

Murió Augusto Pinochet (parece increíble, nos quedamos sin el dictador, sin su presencia oscura atisbando la conciencia del tiempo). Murió en la impunidad, sin ser juzgado nunca. Desapareció de la vida que fuera testimonio de su impulso a torturar, a retorcer, a dislocar las vidas de los otros verdaderamente otros para él.

Se volvió cadáver. Dejó de respirar. Quedó para siempre allí, en su cajón, ese cajón que de todas maneras le esperaba (como nos espera a cada quien).

Entonces y ahora, algo se retuerce en el tiempo. Algo se conmueve, cambia de posición, se resiste a permanecer inmóvil, allí donde pretendemos alojarlo. Difícil entender que las cosas pasen, aceptar la inquietud permanente de los hechos, que los objetos se trasladen todo el tiempo. Como si el registro de la historia no fuera suficiente. Como si las huellas que dejamos por todos lados, las fechas anotadas, los papelitos al lado del teléfono, y todas esas pistas no sirvieran para otra cosa que no fuera precisamente la cosa, la huella, ella solita, su contundente irrelevancia.

El tiempo otra vez, nueve de marzo y la cuenta: cuarenta y cuatro días más. Lucas (mi gato) me clava las uñas en un renovado intento por *distraer* a la máquina que recibe estas marcas. Las huellas buscan acomodo, en la inminencia del pasaje a lo que no podemos anticipar (aunque parezca raro).

Veinticinco de marzo. El recuento debiera terminar aquí. ¿Terminan las cosas que se enumeran en algún lugar? ¿En dónde quedó la cuenta grabada en tablillas sumerias cuando las bombas traspasaron techos y muros? Lo que escribo en realidad no se acaba. Surge una y otra vez como letanía: el pájaro canta por la tristeza incipiente que el sonido busca suspender. Arriba, en la copa del árbol, se recorta la luna pequeña y parece descansar sobre las hojas. El espacio se

agranda cada vez más gracias a la acción del espejo. ¿Es posible contener el espacio real en la pequeña superficie ilusoria? ¿Se puede agrandar su planicie sin desbordar el marco?

Pensar es un juego poco afortunado. Preferiría dibujar, o ver la tele, o pasear por las cercanías de la casa, mirar nuevamente las jacarandas violeta recortadas sobre un fragmento de cielo o, como alfombra, sobre el pavimento irregular. Escribo porque no me queda alternativa esta tarde de domingo. Por eso no hago cuentas y me pongo simplemente a escribir.

What's new?, sin la voz de Billie Holiday, con un saxo que viene desde el sur, increíblemente desde Quilpué (infancia remota, rota, desleída). *¿Qué hay de nuevo?*, una especie de llanto atascado tal vez, cierto bloqueo en la voz, una pérdida de tiempo sin mayores ganancias, la cuerda que se afloja y deja respirar al olvido que se ha postergado. No hay mucho de nuevo en los días inciertos y desamparados de domingo. Especialmente cuando se siente que la vida no es garantía, cuando no se puede tomar al toro por las astas.

Once de abril. Hoy no me importa cuántos días pasaron desde la última vez. Simplemente han pasado los días y eso ha sido importante: que la vida se imponga, que no deje de guiñar el ojo, que resista.

Pienso, y demás está decir que existo.

Nueve de septiembre. Otro domingo. Ahora quien canta es Nina Simone, con su difícil y prolongada clausura. Muy pronto habrá transcurrido un año desde que empecé a escribir esta especie de cuenta. Aparentemente no han surgido cambios radicales (salvo lo de Pinochet, por supuesto).

Percibo cierta conciencia inaugural. La proximidad de algún desenlace fortuito adquiere rasgos inquietantes; también la compulsión inevitable a los consumos suntuarios. Certidumbres y expectativas aparecen con terquedad (a pesar de que todo se resiste y es, en última instancia, superfluo). Me dejo sorprender nuevamente por los encuentros que se repiten, por algunas coincidencias. El paso de los aviones a través de la ventana, la batalla de mi gato con la mosca, y el progresivo agigantarse de la biblioteca vuelven a desplazar la fantasía de lo predecible al pozo interminable del misterio.

Estoica, mantengo en la quietud uno que otro deseo. Me esfuerzo por ganarle la pelea al apego. La luna espera su turno. El giro interminable de las cosas me ubica nuevamente al comienzo. Tan sólo faltan dos días para que la cuenta del tiempo marque once de septiembre.

Más fuerte que el deseo de ponerme a escribir como en un ritual, el día que esperaba transcurrió sin palabras. Acosada por ciertos “veintes” retrospectivos (que al caer no hacen más que confirmar lo irreversible de las cosas plantadas, de esas cosas del sentido pretérito), me dispongo a recuperar un espacio. Treinta y cuatro años desmontada, desplazada, descolocada. Como al margen, instituyendo las esdrújulas, escudriñando el tiempo, las calles, los modales, disculpándome por las omisiones involuntarias, los errores de interpretación, las impertinencias. Un cierto ánimo luctuoso arrastra a la orilla del camino pedregoso que me trajo hasta aquí.

Vuelvo a rotar. Hoy es, inevitable y coincidentemente, *el día del grito*. Es 15 de septiembre de 2007 en México, DF. •